

EL REGRESO DE MOBY DICK

Christian X. Ferdinandus*

1

Entre todos los puntos con los que puedo iniciar la relación, elijo el momento en que fui despedido de mi cargo de profesor de Lengua y Literatura en un colegio privado de la ciudad de San Isidro. Durante veintidós años (ahora mi edad es de cuarenta y seis), hablé, en forma metódica, de literaturas española y latinoamericana a juveniles auditorios que, a lo largo del tiempo, me fueron resultando cada vez más extraños y absurdos. No es que me llevara mal con los alumnos (de hecho solían elegirme como uno de sus profesores no sé si mejores pero sí más simpáticos, y más de una vez entregué el título en la ceremonia de graduación), pero, según corrieron los lustros y el tedio, fui sintiendo que ya no había nada en común ni positivo entre ellos y yo.

Mi fervor hacia las bien o mal llamadas *bellas letras* nunca entró en conflicto con mi entusiasmo por el fútbol. Cosa es sabida que los cinco «cuadros grandes» expanden sus multitudes de hinchas por todo el país; pero existen también los amores de la patria chica: así como, por ejemplo, en Caballito hay una considerable cantidad de entusiastas de Ferro Carril Oeste y en Saavedra los hay de Platense, en nuestra zona predominamos los partidarios del Matador azul y rojo: Tigre.

Soy nacido y criado en la zona norte del Gran Buenos Aires, más precisamente en San Fernando, y desde siempre he vivido en ella. Mi padre tenía una pequeña embarcación, La Bonita, que amarrábamos en uno de los islotes del Delta. Aquellos paseos por sus ríos y meandros constituyen esa parte de la vida que Rilke llamó el tesoro de la infancia. Cuando mis padres murieron, con un intervalo de menos de dos años entre uno y otro, mi hermano César y yo tomamos la sensata determinación de vender la enorme casona donde habíamos nacido, una construcción que, erigida en un lote que ocupaba un cuarto de manzana, se había convertido en una propiedad onerosa, antifuncional y difícil de mantener. Con el holgado dinero

* Christian X. Ferdinandus es el seudónimo conjunto de los escritores argentinos Fernando Sorrentino y Cristian Mitelman. Correos electrónicos: fersorrentino@gmail.com y brodie1970b@yahoo.com.ar, respectivamente.

Gramma, xxx, 63 (2019), pp. 89-106.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. Área de Letras del Instituto de Investigación de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. ISSN 1850-0161

de la venta cada uno de nosotros adquirió un razonable departamento, más afín con la vida ciudadana que con la rural: él se radicó en Buenos Aires, en el barrio de Núñez; yo, en la calle Monseñor Larumbe al 200, en Martínez.

También vendimos la barca de los paseos de la niñez; envejecida y con diversos daños, había perdido encanto y razón de ser, y se había transformado, más bien, en una inagotable fuente de gastos. Su vida ulterior tampoco resultó demasiado extensa. Cinco o seis años más tarde la encontré convertida en una de las tantas piezas fantasmas condenadas al ostracismo del óxido en los arrabales del puerto de San Fernando, es decir en la zona del «cementerio» de barcos.

Impulsado por no sé qué absurda nostalgia, esa primera vez se me ocurrió subir y recorrer La Bonita, desguazada chatarra que continuaba muriendo en ese solitario atardecer de agua y viento. No preví la implacable destrucción del tiempo: al pisar las maderas de la cubierta, ahora podridas, caí en la pequeña bodega y, sin duda, mi cabeza golpeó en algunas de las columnas de hierro que sostenían el solado, pues, cuando volví del desmayo, ya era de noche. ¿Cuánto tiempo habría permanecido sin conocimiento...? El hecho es que, dolorido y con alguna sangre que se me había coagulado entre una sien y el cuello, me las ingení para trepar nuevamente a la cubierta. De esta breve anécdota me quedó la resolución de no repetir jamás ese tipo de experiencia.

Sin embargo, no cumplí con este propósito. Como quien visita una tumba querida, un impulso irresistible me llevaba —cada dos o tres meses— a recorrer La Bonita. Ignoro cuáles son las razones hidrográficas, pero, en ese meandro del río, existe una suerte de fuerza centrípeta que empuja la corriente hacia el centro del cauce. Debido a esta energía de las aguas, la sogá con que el barco se halla amarrado está siempre tensa al máximo, como si la nave quisiera liberarse de su prisión.

Escarmentado por el accidente sufrido en mi primera incursión, ahora sabía que, pisando sobre los sólidos artesones que obraban a modo de esqueleto de la cubierta en su conjunto, no había peligro de que las maderas cedieran bajo mi peso. Subía por la popa, que era la parte del barco que daba contra el muelle —cubierto de neumáticos en desuso—, y lo recorría hasta la proa; allí, solía rememorar momentos felices y dejar vagar el pensamiento.

En fin... Quería decir que estaba harto de mi trabajo docente. Comencé a faltar al colegio, a pedir licencia tras licencia. Dejé de corregir exámenes invariablemente iguales, y en la sala de profesores fui convirtiéndome en un ser impaciente y lejano que miraba el reloj no menos de tres veces en diez minutos. Terminé siendo un profesor neurótico, a quien molestaban por igual los colegas varones que hablaban

de juegos electrónicos y, a veces, de «política», y de las colegas mujeres que planificaban cumpleaños de quince e intercambiaban dietas adelgazantes.

Hubo un hecho decisivo.

El colegio era privado y, por ende, constituía una empresa comercial con los mismos atributos de, por ejemplo, un taller mecánico de chapa y pintura. Un día cambió de dueño y vinieron unas señoritas con ínfulas de «pedagogas renovadoras» (usaron esas dos palabras en su presentación). Entonces comprendí que mi destino ya estaba jugado. Esas mujeres eran «licenciadas en Ciencias de la Educación», lo que significaba dos cosas: primera, que vivían en el mundo irreal de los imaginativos libros de pedagogía y/o didáctica, donde florece una constelación de metas y objetivos adornada por triangulitos, circulitos, cuadraditos y flechitas sin aplicación posible alguna, y segunda, que las licenciadas jamás habían tocado una tiza o un borrador frente a treinta o cuarenta adolescentes de reacciones imprevisibles (despropósito equivalente a que se desempeñase como director técnico de un equipo de fútbol un individuo que nunca hubiera jugado ni siquiera un picadito en un potrero).

Eran jóvenes y pedantes, tenían cursis nombres de pila, y lo cierto es que, por su indigencia intelectual, yo las despreciaba olímpicamente. No pasó demasiado tiempo hasta que, luego de algunas advertencias sobre mi forma, al parecer heterodoxa, de impartir la asignatura (aclaro que la palabra «asignatura» salió de sus labios, no de los míos), Yanina y Magalí, el 30 de abril, decidieron echarme.

Lejos de provocarme un acceso de llanto o de inclinarme al suicidio, el hecho me resultó muy agradable. Gracias a mis muchos años de antigüedad, la indemnización no fue mezquina, de modo que durante los primeros meses no me preocupé demasiado por conseguir trabajo. No es que gastara el dinero en forma irresponsable. Simplemente, me daba algunos gustos tales como despertarme pasadas las nueve, ir a un café cualquiera de los que, en Martínez, abundan alrededor de la convergencia de las avenidas Santa Fe y Alvear, pedir un cortado y dos medialunas, y quedarme leyendo un libro ajeno o corrigiendo algún escrito propio. En fin: la rutina metódica de un hombre solitario (sin esposa, sin novia, sin obligaciones). La rutina metódica de un hombre feliz. (Y es que la felicidad, como la desgracia, obedece a un método).

2

Promediando julio decidí que ya era momento de ganar nuevamente algún dinero. Sopesé mis aptitudes y me dije que, para bien o mal, la actividad docente era la más

afín a mis posibilidades. Pero esta vez decidí cambiar el rumbo. En vez de dar clases en el sistema oficial, intentaría abrir un «Taller de Escritura» destinado a gente que deseara iniciarse en la narrativa.

Aún no he dicho que, paralelamente a mi actividad docente, he logrado publicar una considerable cantidad de libros, no de imaginaria pedagogía, pero sí de literatura de imaginación. No pertenezco a la *troupe* de autores de *best-sellers*, es decir esa gente que escribe libros que siempre leen las personas que nunca leen. Como compensación, mis narraciones suelen gozar de buena crítica, y yo mismo soy muy conocido y he adquirido cierto módico prestigio. No digo esto con soberbia: simplemente se trata de la verdad.

Puse un aviso, muy pequeño —por su elevado costo—, en los diarios burgueses *Clarín* y *La Nación*, y otro, mucho más grande y económico, en la revista cultural *Cálamo Indócil*. De manera irregular, en los días siguientes fui recibiendo en el teléfono varios llamados de personas interesadas.

El departamento de la calle Larumbe es relativamente grande; el living-comedor me serviría para armar una especie de aula en torno de la amplia mesa, sin necesidad de que los concurrentes fisgonearan en el cuarto donde me encierro a escribir. Además, el aroma de fresno de las bibliotecas invitaba —pensé que pensarían los talleristas— a la creación compartida.

Los concretamente interesados resultaron catorce. Pero no tenía ganas de introducir una multitud en casa ni de trabajar más de un día por semana. De modo que —tal vez llevado por mi gusto hacia lo imprevisto y novelesco— seleccioné seis personas al azar: cuatro mujeres y dos varones. (Es mucho lo que, en son de sátira, podría escribir sobre estos personajes, pero no quiero apartarme de la precisa historia que comenzó con las palabras «Entre todos los puntos con los que puedo iniciar la relación»).

El primer miércoles de agosto, a las 17:00, comencé mi nueva tarea. No me insumió más de media hora comprender que esa gente asistía más en busca de catarsis, o porque sí, que por genuino interés en la literatura narrativa y en el presunto aprendizaje. Empecé por leerles un cuento de London para mostrar cómo las palabras, si son bien utilizadas, resultan más frías que los hielos de Alaska, pero no obtuve ni remotamente la recepción que esperaba.

A los asistentes solo les interesaba exponer sus propios trabajos. Como si se hubieran puesto de acuerdo (cosa imposible, pues no se conocían entre sí), todos habían traído carpetas de tres solapas colmadas de hojas escritas con computadora.

Empezamos, como lo manda la urbanidad, con las damas. Tres (Susana, Graciela

y Norma) eran mujeres maduras, con cuerpos en decadencia y cabellos teñidos. La cuarta, Alejandra, intentó fumar en la clase, pero no se lo permití, pues no puedo soportar el olor del cigarrillo. Era una joven de pelo corto, delgada, con algo de eléctrica y de aspecto «rebelde». Sin embargo, su escritura, aunque más crispada, no difería demasiado de la de las otras señoras.

Leyeron sus obras; había incongruencias y desvaríos, pero también puntos en común. En general hablaban de amor apelando a las más habituales sensiblerías. En alguna historia el aburrimiento de la pareja desembocaba inexorablemente en la aparición de un joven que le enseñaba a la cincuentona de turno que aún podía amar y ser amada. En otras no escaseaban los atardeceres en la playa, los mares enrojecidos de pasión, los escapes furtivos bajo las isócronas arboledas de la noche; abundaban sintagmas como «eternidad», «conmovidos hasta las lágrimas», «la piel tibia del abrazo», «senos turgentes», «cuello mórbido», «cristal de Murano», «mármol de Carrara»... Alejandra se permitía más bien la mención de un grupo de jóvenes que, sentados en el suelo, tocaban la guitarra, entonaban canciones de protesta y se leían mutuamente poemas revolucionarios.

Era mi primer día de trabajo, y de pronto sentí que habría deseado que fuera también el último.

Llegó el turno de los hombres. El menor de ellos (¿veinticuatro, veintiséis años?) tenía un nombre de pila reprobable (Elvis), pero leyó un cuento que, a pesar de algunos tropezones sintácticos y de ciertas candideces, me pareció muy digno. Supe que ese era un alumno con el que podría entenderme.

Cuando le tocó al mayor (andaría por los treinta y cinco), las cosas volvieron a complicarse. Yo soy bastante alto (un metro ochenta y tres) y peso ochenta y cinco kilos, pero ese hombre me llevaba por lo menos una cabeza y, expandiéndose a lo ancho, creo que superaría los ciento treinta kilos. Tal vez soy un poco (o un mucho) neurótico, pero esa mole me predispuso en su contra, y me arrepentí de haberlo aceptado como concurrente.

Además, tampoco me agradaba su rostro, de mofletes algo alargados, que le daban cierto aire de perro bóxer, y el hecho de que tuviese una barba pobre, compuesta de algunos pocos pelitos que raleaban en las mejillas y en el mentón. Había elegido anteojos de armazón contundente, que me parecieron una suerte de petición de principios visual: «¡Cuidado! Estos lentes indican que soy un intelectual hecho y derecho».

El mastodonte dijo llamarse Tomás de la Sierra, nombre que no creí y que me sonó a manera de ramplón seudónimo «artístico»; dentro de mi cabeza, y para

menoscabarlo, lo transformé en el peyorativo «Gumersindo Serrucho».

Había concebido un poema épico sobre la vida de un oficinista, que, según especificó, había sido la suya propia en sus comienzos laborales. Lo había pergeñado en verso libre, pues «la métrica regular y la rima son pueriles artificios de los poetas mediocres» (aserto que me hizo dudar sobre los méritos de, sin salir de la lengua española, Garcilaso de la Vega, sor Juana Inés o José Hernández).

Si mal no recuerdo, apeló a esa célebre idea de Papini al exigirnos aceptar que, si está bien escrita, la vida del hombre más vulgar puede ser apasionante. Siempre tuve la certeza de que Papini tenía razón, pero, expresada por Gumersindo Serrucho, la idea se contaminó de inautenticidad y hasta de estupidez.

Luego prosiguió perorando y poniendo sobre el tapete una extensa lista de autores, fechas, teorías, movimientos, rencillas y artes poéticas varias en las que él había abrevado para la creación de sus obras. Advertí que experimentaba especial placer en modular apellidos en otros idiomas.

Ya dije que todos habían traído carpetas con sus papeles. Él hizo lo mismo, pero de su cartapacio extrajo luego cinco carpetas adicionales, una para cada canto de la obra. Nos explicó que su poema épico-administrativo (titulado *La Ofciniada*) se había detenido en el canto VI, momento en que el protagonista desciende al infierno de los archivos y encuentra la atroz verdad de la empresa en la que trabaja y, por ende, la misión de rescatar de un abismo de turbiedad y corrupción a todos los empleados, en particular a María Blanca, una joven señorita que recibía los embates tenoriles, las sugerencias rijosas y los acosos sexuales del acaudalado hijo del no menos opulento director de la compañía.

Las tres señoras miraban arrobadas al nuevo Virgilio. Alejandra logró introducir en su comentario la palabra «alienación». Susana llegó a sugerirle que había tenido la desgracia de vivir en una época errónea, pero que, por fortuna, el tiempo salvaría sus trabajos. Este comentario (que suele ser el consuelo de quienes intentan la literatura y fracasan) lo emocionó de modo tal que sus manos comenzaron a temblar.

También yo me sentía muy nervioso, aunque por otros motivos.

En un raptó de lucidez e impaciencia expliqué que el curso duraría dos meses.

—En ocho encuentros podemos lograr mucho —fabulé—; luego quiero empezar con otra gente que también desea trabajar sus obras.

Gracias al cielo, asintieron sin oponer resistencia. Al despedirlos pensé que solo faltaban siete sesiones de tortura y traté de imaginar, en el futuro, otra tarea menos insalubre para mí.

3

Al día siguiente, jueves, y a eso de las seis de la tarde, sonó el timbre de la calle Larumbe. Como soy más bien huraño y no me gusta que me interrumpen y me obliguen a hacer lo que no quiero hacer, lancé un bufido de mal humor y atendí el portero eléctrico.

Era Serrucho el Mamut. Tomado de sorpresa, no pude no recibirlo. Entró con su cartapacio, que ahora me pareció más grande que en la víspera. Esta vez llevaba sus papeles y dos libros de mi autoría que me suplicó le dedicase. No me gusta dedicar ni firmar libros, pues en más de una ocasión los he visto con posterioridad exhibirse a la vergüenza pública en librerías de viejo; sin embargo, lo hice, y este acto no querido no fue el último de aquella tarde desagradable.

Vi que los libros estaban marcados y llenos de anotaciones, no con tímido lápiz borrable sino con agresivo bolígrafo indeleble. Comprobé que adolecía de la abominable costumbre de plegar los vértices de las páginas para señalar dónde había dejado la lectura.

—Maestro —dijo, vocativo que, en desajuste con el tuteo, no supe si tomar en serio o como una burla—, yo soy admirador tuyo y he leído *todos* tus libros.

A continuación emprendió una clásica perorata de felicitación y luego fue deslizando sugerencias sobre diversos aspectos de los cuentos que yo había escrito con tanto trabajo y tanto amor, lo cual me indicó que, lejos de haber leído *todos* mis libros, solo había leído los dos que llevaba consigo (y que, dicho sea de paso, son primerizos y me gustan muy poco).

Aun cuando tuviera razón (y nunca la tuvo), no me interesaban sus opiniones y de ninguna manera iría a modificar una sola coma.

Proponía finales distintos, cada cual más absurdo. Apelaba siempre a recursos hiperbólicos que no eran más que lugares comunes de lo fantástico: espejos que se abren a otra dimensión, el diálogo cara a cara con la muerte, un viaje hacia el futuro en el asteroide Equis Zeta Cero No Sé Cuánto, y por último, como trabajosa realización de la inteligencia, la idea de que todo era un sueño del protagonista.

A medida que hablaba, encontré otro motivo de aborrecimiento: posiblemente por articular con tanto énfasis las palabras, de entre sus dientes amarillos y moteados de manchitas negras de nicotina, partía una llovizna de gotas de saliva. A la manera de un inagotable manantial, Serrucho derramaba por el piso de mi living una suerte de viscoso líquido de descomunales imbecilidades.

Una vez más maldije, para mi colete, la idea de haber planeado un curso de escritura. Con el fin de librarme del huésped y obligarlo a retirarse, se me ocurrió

inventar una mentira: que me esperaban en Buenos Aires y que ya estaba algo atrasado. Agregué, buscando verosimilitud y, para poner distancia, evitando el tuteo:

—Usted sabe: no dispongo de auto y los horarios del tren no son muy confiables.

Fue un error:

—Faltaba más —dijo—; yo lo llevo. Estacioné acá a la vuelta.

Pensé «La reputa madre que te reparió» y consentí en hacer un viaje hacia ningún sitio.

Serrucho añadió:

—¿Me permite pasar al tualé...? El frío de agosto estimula la excreción de la orina.

Tras este dato fisiológico, se dirigió al baño. Yo pensaba: «Este maldito, con lo torpe que es, va a terminar salpicando los bordes del inodoro». Oí el ruido del depósito del agua y, al mismo tiempo, apareció Serrucho, lo que me indicó que, tras el avatar diurético, no se había lavado las manos.

«Dios mío», pensé, «¿no habrá una, aunque sea una sola circunstancia, en mi favor?».

—Espéreme un minuto —le dije—. También yo tengo que pasar al baño.

Para que todo fuera peor, Serrucho ni siquiera había levantado la segunda tapa ovoidal que se utiliza para sentarse en el inodoro, de manera que allí estaban las gotas amarillentas de su orina.

Llené con agua hirviente el vaso de los dentífricos y derramé varias veces su contenido sobre la impronta urinaria de Serrucho. Luego, al colocar verticalmente la tapa para que los líquidos se deslizasen, sentí que yo estaba poseído por el odio.

Unos minutos más tarde me encontraba, en el auto de Serrucho, realizando un viaje inútil a Buenos Aires.

—¿Dónde lo dejo, maestro?

Me felicité de haberlo hecho regresar al empleo del usted y tuve la lucidez de elegir un destino estratégico:

—Cerca de Barrancas de Belgrano me queda bien.

—¿Va a ir al Barrio Chino a comprar pescado...?

—No.

El monosílabo no lo ofendió. En todo el trayecto continuó exhibiendo su sapiencia literaria y explicando diversas teorías. Estaba entusiasmado con la idea de publicar su producción. Cuando el semáforo de Libertador y Larralde nos detuvo, me alargó una carta. Una de esas tantas editoriales fraudulentas que organizan seudocertámenes cuyos premios consisten en la publicación de los textos de los

concursantes lo había distinguido con una mención de honor por su cuento «La soledad y el infinito», y en la misiva lo colmaban de felicitaciones.

Le pregunté si había tenido que pagar una contribución para participar del certamen. La respuesta fue, previsiblemente, afirmativa.

—Como ve —explicó—, los que hemos sido bendecidos con el don de la palabra tenemos que mostrar nuestra obra al público, más allá de los caprichos de la fortuna. Tarde o temprano la posteridad sabe hacer la gran antología, y es allí donde uno debe quedar.

Me bajé en Libertador y Blanco Encalada, tras verme obligado a estrechar su mano derecha, que no se había lavado después de orinar. Desde la ventanilla volví a saludarme con sonrisa y ademanes, y por fin partió. Me pregunté, como si pudiera importarme, adónde irían ahora Serrucho y su auto. Me sentía extenuado como después de realizar un enorme esfuerzo físico y tan aturrido como si alguien hubiera puesto música vulgar a todo volumen durante horas, obligándome a escuchar incontables veces alguna canción aborrecible.

Tras una caminata de pocas cuadras, llegué a la estación Barrancas de Belgrano. Era la peor hora, en que la gente vuelve de sus empleos y atiborra los transportes públicos. En el tren, tuve que viajar no solo de pie sino apretado, sórdido y casi asfixiado. Descendí en Martínez, bajo los efectos de un ataque de mal humor y puteando y reputeando, dentro de mi alma, al maldito Gumersindo Serrucho.

En casa me embargó la humillación de saber que había vivido algunas de las horas más insustanciales y horribles de mi vida, y me atemorizó la casi certeza de que hechos así podrían repetirse a lo largo de agosto y de septiembre.

4

En las tres semanas siguientes de los encuentros literarios de los miércoles no se manifestaron mayores sorpresas. Elvis, el único asistente que tenía alguna posibilidad de cumplir buenos trabajos, dejó el grupo, hecho que pasó como algo irrelevante para los demás.

Comprobé que Serrucho había adquirido ascendiente sobre las damas maduras. Quizá también sobre Alejandra, pero, de ser así, su actitud era más lejana.

La prosa ornamental de Serrucho, atravesada por ramplonerías de todo tipo, generaba una especie de placer casi orgásmico en las señoras. Yo mismo pasé a un segundo plano. Cualquiera que hubiese visto la situación habría creído que él era el coordinador del Taller y yo un participante tímido que cada tanto objetaba alguna de sus bestiales aseveraciones. De algún modo, y acaso por acostumbramiento, el

asunto comenzó a parecerme divertido. Me dispuse a estudiar hasta qué punto un cretino, guiado por su vanidad y su inconciencia, es capaz de liderar un grupo.

Al comienzo del segundo mes apareció con una novedad. Ya conocía esa forma de mirar en donde el brillo desmesurado era señal de un supuesto hallazgo.

—La historia de la literatura está mutilada: le falta la mitad más interesante — dijo con tono enigmático, como quien desea ganar a su auditorio procurando una zona de misterio—. Hasta ahora sabemos de madame Bovary, sabemos del capitán Ahab, sabemos de Robinson Crusoe y (por qué no) del glorioso Quijote.

Las mujeres asintieron con movimientos de cabeza que podían traducirse por «En efecto, conocemos muy bien esos libros», aunque yo estaba seguro de que ni las tapas habrían visto nunca.

Tras una breve pausa de efecto teatral, prosiguió Serrucho:

—Pero nadie, queridas chicas —ignoro si este vocativo me incluía en el grupo femenino o, en cambio, me segregaba de su auditorio—, nos ha hablado de los personajes que están imbricados en sus historias. No sabemos la perspectiva de Charles Bovary, de quien solo pensamos que es un mediocre; desconocemos los pensamientos cetáceos de Moby Dick (si London lo hizo con un perro, ¿por qué no contar una historia desde la perspectiva de una ballena?), ignoramos las tribulaciones de Viernes y sus sentimientos para con Robinson, no sospechamos las verdaderas razones de Sancho ni de Aldonza Lorenzo ni de Maritornes ni de doña Rodríguez... Pues bien: nuestro deber es hacer lo que he llamado «novelas especulares». Tomar a todos estos personajes y darles vida, siguiendo las pautas estilísticas de sus autores.

A manera de infantil represalia, yo me había propuesto no opinar, pero en ese punto no pude contenerme:

—Ese es precisamente el mecanismo de las novelas históricas: toman personajes secundarios y los hacen actuar en el clima de una época.

Pero Serrucho no se amedrentó:

—La novela histórica desea recrear una época. Con un poco de documentación, eso lo hace cualquiera. Aquí se trata de hacer el contrapunto exacto de una psiquis, la lógica interna de los personajes condenados al segundo plano.

—Déjeme ver si logro entender —aduje, en un raptó de maldad—. Según usted, podríamos tomar «Los asesinatos de la rue Morgue» y contarlos desde la perspectiva del orangután. Sin duda, sería un ejemplo de honestidad intelectual. Valdría la pena intentar la experiencia.

Me pareció que le dolió la ironía. Su tono se hizo más grave, como si hubiera

recibido un golpe de donde no lo esperaba. Me sentí levemente reconfortado.

En los restantes encuentros se dedicó a darle un fundamento filosófico a su teoría. Atribuyó su creación a una lectura atenta de la dialéctica hegeliana.

—La tesis es que la obra ya existe. Pero el espíritu debe avanzar y encontrar en lo existente su propia negatividad. A la literatura que debemos trabajar le toca ejercer la tarea de la antítesis. Por último, vendrá la síntesis, que deberá estar compendiada en el último capítulo de la novela que hemos creado. Puedo vaticinar que será una especie de diálogo entre las dos fuerzas que han estado en pugna a lo largo de cientos de páginas.

(Dentro de mi cabeza oí las palabras de Borges: «Tan ineptas me parecieron esas ideas, tan pomposa y tan vasta su exposición...»).

5

Llegó, Dios sea loado, el último miércoles de septiembre y, con él, lo que consideré una liberación física y psicológica: la defunción de un Taller que nunca debería haber nacido.

El lunes anterior yo había recibido una excelente noticia que me guardé de transmitir a los talleristas, pues no quería recibir felicitaciones ni oír comentarios estúpidos. Mi novela *Si me permite, yo podría aportar...* acababa de obtener el primer premio de un concurso organizado por una importantísima editorial de Barcelona. El procedimiento de escritura no era original, pero lo concreté con eficacia: consistía en que diversos personajes aportaran datos (de ahí el título) sobre un mismo hecho, de manera que finalmente fuese el lector quien redondeara la versión final del relato: en nuestras letras lo logró de manera magistral Marco Denevi con su *Rosaura a las diez*. Mi premiada novela —lo confieso paladinamente— se halla muchísimos peldaños por debajo de la creación de Marco, pero la recompensa en euros era cuantiosa y, bien invertida y administrada, me libraría no solo de intentar otro taller, sino inclusive de no someterme a ninguna tarea venal en lo que me restaba de vida.

En suma, me dispuse a ser feliz. O, mejor dicho, a ser relativamente feliz.

El último jueves de septiembre se habían esfumado, pensé que para siempre, Elvis, Graciela, Susana, Norma, Alejandra y..., sobre todo, Gumersindo Serrucho, que pasaría a convertirse en una parte absurda del pasado.

En octubre se me ocurrió el núcleo de un cuento más bien complicado. A veces la musa desciende sobre mí, y entonces puedo redactar con agradable fluidez y sin escollos; pero no fue tal el caso de este cuento. Aunque tenía muy clara la idea

central, no lograba hacer transitar el relato por la senda que me llevaría a su forma adecuada. Le había dado varios comienzos, y todos resultaron erróneos o estériles. Desde luego, estos escollos me conducen a un estado de mal humor.

En dicho tenor negativo me hallaba ese atardecer de octubre, cuando, una vez más, recibí la inesperada visita de Gumersindo Serrucho.

Recordando el episodio del inodoro humillado, esta vez bajé a la planta baja y lo atendí en la vereda. Dos o tres veces miró hacia adentro, como dándome a entender que lo correcto, de mi parte, sería hacerlo pasar al departamento para así poder charlar cómodamente.

Me dijo que estaba escribiendo su nueva versión de *Moby Dick*. Estaba resuelto a redactar más o menos setecientos veinte páginas del texto (extensión similar a las de la traducción al español), porque, en su teoría especular, la nueva obra debía tener el mismo número de palabras que su precedente. Pasé por alto esta ridiculez y no formulé comentario alguno.

—Maestro —me dijo—, sin ánimo de molestarlo, quisiera dejarle el material que escribí hasta ahora.

Metió la mano en su ya maldito portafolio y extrajo, no una carpeta de tres solapas, sino un obeso bibliorato oficinesco colmado de páginas tamaño oficio.

—Su opinión —agregó— es siempre bienvenida. No vacile en criticarme, en caso de que algo le parezca equivocado... Yo estoy siempre listo para aprender de quienes más saben.

Le agradecí la confianza y me despedí, bibliorato en mano.

Extendí el trabajo sobre la mesa del comedor. La primera página declaraba:

*Vida de Moby Dick,
en la versión de la auténtica Moby Dick, la ballena blanca*

Novela especular de Tomás de la Sierra
Escritor y poeta argentino

En la página número dos había una extensa relación de los éxitos obtenidos por el doctor Tomás de la Sierra, contador público, matrícula tal número, con estudio en la calle Talcahuano número tal, etcétera. Por ejemplo: «Este valle que nos contiene», poema, plaqueta editada (febrero de 2008) con los auspicios del Grupo Poético Plaza Lavalle, o Primera mención en el Certamen de Narrativa organizado por Asociación Amigos de la Ecología (filial Villa Crespo) por su cuento “La

muerte del cactus” en agosto de 2010». La lista concluía con «Asistió al Taller de Narrativa coordinado por el gran escritor Cristian X. Ferdinandus entre agosto y septiembre del año 2012».

En la página tres empezaba el libro propiamente dicho.

Abriéndolo al azar intenté leer dos o tres de aquellas páginas. La falta de coherencia en la expresión se profundizaba a medida que los párrafos, en vez de desenvolverse, se hacían más crípticos, con la profusión de proposiciones subordinadas dentro de otras subordinadas, laberinto que concluía a menudo en anacolutos inextricables.

Admito que, por un momento, llegué a dudar. ¿Y si fuera un genio verbal, como Joyce? Sin embargo, las palabras con que se inauguraba la narración disiparon mis temores:

Déjenme presentarme. Me llamo Moby Dick y soy una ballena blanca. Navegaba y navegaba feliz por los mares que como se ha establecido desde el principio de los siglos, cuando en el principio era el verbo, los mares abarcan el universo o son espejo no ilusorio de quienes logran hallar el inmarcesible futuro en las profundidades marinas. Comía plancton, langostinos y todas las cosas que el Gran Dios Ballena solía proveerme con generosidad de dios no animal en sentido mitológico sino creyendo en el hado imprevisible. Las corrientes del Atlántico y del Pacífico no tenían para mí secretos...

Con el objetivo de cortar por lo sano, decidí hacer cuatro cosas: 1) no leer la obra de Serrucho; 2) no opinar, por ende, sobre la obra de Serrucho; 3) no darle ninguna explicación a Serrucho; 4) no tener ninguna relación ni ningún contacto con Serrucho desde este momento y hasta el instante del Juicio Final.

Pero, a partir del quinto o sexto día, Serrucho se multiplicó en hipóstasis varias, ya tocando el timbre del portero eléctrico de mi departamento de la calle Larumbe, ya llamándome por teléfono centenares de veces. En todos los casos, cuando escuchaba su voz, yo fingía no entender o no oír. Decía «¡Hola, hola, hable más alto, por favor!». Serrucho se desgañitaba gritando, pero yo, implacable, colgaba el tubo del teléfono o el auricular del portero eléctrico.

Sin embargo, tal actitud defensiva no concordaba con mi estilo de vida.

En cierto momento, pensé en denunciarlo a la policía, y hasta llegué a presentarme en la comisaría de la calle Italia. La mirada irónica del oficial no dejó de mortificarme. Seguramente pensó que se trataba de un conflicto entre homosexuales que no terminan de arreglar sus asuntos, e interpuso obstáculos para no recibir mi embrión de denuncia.

Al salir, me hallaba en un estado espiritual lúgubre. Caminé despacio las pocas

cuadras que me separaban de mi casa. Pateé tres veces una tapita de gaseosa; a la cuarta cayó en una alcantarilla.

6

«No», me dije, «esta continua fuga hacia delante no conduce a nada. Es evidente que Serrucho continuará insistiendo. La solución tiene que ser otra, y drástica».

Decidí cambiar de táctica, elaboré un plan (que denominé Proyecto Ahab), tomé algunas medidas y esperé. Aguardé el sonido del portero eléctrico o, al menos, el de la campanilla del teléfono. Durante varias semanas hubo silencio absoluto; paradójicamente ahora deseaba que ocurriese lo que antes temía. Pero, si no ocurría, tampoco era necesario que sucediese, pues entonces el problema acababa de desaparecer, y ya no era necesario aplicar el Proyecto Ahab. Y, sin embargo, en vez de sentir dicha y satisfacción por el hecho de que el problema se hubiera extinguido espontáneamente, me había quedado cierto regusto de frustración difícil de explicar.

Lo cierto es que, cuando llegó la plenitud del verano, yo ya me había olvidado (casi) de Gumersindo Serrucho, había logrado concluir el cuento rebelde, me hallaba entusiasmado con la posibilidad de que mis relatos se tradujeran al alemán y al inglés, y, en suma, había vuelto a devenir en un hombre relativamente no desdichado.

Una tarde, al volver a casa con unas bolsas de supermercado y doblar por Italia hacia Larumbe, lo vi tocando el timbre en mi edificio. En lugar de alarmarme, experimenté alegría.

A partir de entonces los hechos se desarrollaron con continuidad veloz. Pero lo que ocurría en el mundo real de un modo brusco, casi acelerado, se presentaba en mi mente con la lentitud de las cosas infinitamente pensadas. Lo saludé amistosamente y le pregunté si le ocurría algo.

Dijo:

—Lo llamé muchas veces, y nunca pude comunicarme, ni por teléfono ni por el portero eléctrico.

Parecía ligeramente angustiado.

—Bueno, no sé... En general, suelo estar en casa.

Sin prestarme atención, dijo:

—Estoy en un momento de esterilidad. Ahora no logro avanzar con *Moby Dick*.

En seguida agregó una sarta de banalidades y de lugares comunes respecto de la inspiración y el trabajo.

—Claro —dije yo—; el infierno de la hoja en blanco.

Sabía que esta frase insulsa que aparece hasta en las revistas de chismes le agrada. Se quedó observándome como quien ha encontrado su alma gemela. Era evidente que estaba nervioso y atribulado.

—En tales casos —le dije—, es preferible abandonar la labor, hasta que las ideas vuelvan y terminen acomodándose. Si usted está con el auto, le propongo que hagamos un paseo con la mente en total inactividad, y ya verá cómo encuentra una luz al final del camino.

«¿De qué luz y de qué camino estoy hablando?», me dije a mí mismo, festejando mi aptitud histriónica.

Se puso tan contento, que me inspiró un poco de compasión:

—Con mucho gusto. Tengo el auto a dos cuabras.

—Espéreme un minuto —le mostré las bolsas del supermercado—. Dejo estos incordios en casa y en seguida estoy con usted.

—Le traje el segundo tomo de mi *Moby Dick* —me extendió un bibliorato aún mayor que el del primer tomo.

—Perfecto —dije—. Así leo los dos juntos y puedo darle una opinión más orgánica sobre el trabajo.

No me solicitó pasar al tualé (como él llamaba al cuarto de baño). Subí al departamento, dejé el *Moby Dick II* sobre una silla y tomé el portafolio rígido que habitualmente me acompaña en mis trámites bancarios o burocráticos.

—Le propongo que vayamos al Puerto de Frutos del Tigre... A mí me resulta un lugar encantador.

Y, en efecto, nos trasladamos, en el auto de Serrucho, hasta el Puerto de Frutos. Como si fuéramos dos oficinistas de paseo, cada cual llevaba su portafolio (que bien hubiéramos podido dejar en el baúl del coche).

Por hacer algo averigüé el costo de unas esteras de mimbre que no pensaba comprar y de los huevos de codorniz que jamás habría comido. Deliberadamente, me dediqué a incursionar por los pasillos mediocres o «vulgares» de la vida.

A Serrucho estas nimiedades parecían abrumarlo. Tal vez se preguntaba cómo un tipo al que le iba medianamente bien con su literatura se dedicaba a labores tan cotidianas como comparar precios de aceite de oliva o ensalzar el sabor de las aceitunas verdes rellenas con morrones.

—Y dígame, Tomás, ¿usted es de leerle a la familia sus textos?

—Soy viudo: mi mujer murió muy joven, en un accidente automovilístico. Además, no he tenido la bendición de los hijos —me respondió dolorosamente.

«Sentimental, el hombre», pensé; «tanto mejor».

—En materia de letras conviene no mezclar a la familia, ni a nadie —dije, un poco distraídamente, pues mi atención se iba a un conjunto de apetitosos salamines, longanizas y mortadelas que ofrecía el puesto más cercano—. Lo mejor es la soledad y tratar de aplicar el gusto personal.

—Sí —asintió—, posiblemente sea lo mejor.

—¡Deme su valija! —exigí de pronto.

—Faltaba más, maestro. No voy a hacerle llevar peso.

—¡Démela, le digo!

Mi tono fue bajo pero a la vez metálico. Me la entregó como un autómatas.

En un instante robé un queso del comercio de los fiambres, lo guardé en su portafolio y se lo entregué a Serrucho.

—Maestro, por favor... Podrían habernos visto, y pasar un mal momento...

—Es verdad. Pero, como nadie nos vio, no debemos preocuparnos por lo que no ocurrió. Para escribir hay que conocer los costados oscuros del alma —fui desvariando lentamente—; estos actos de violencia, aunque mínimos, tienen una enorme carga simbólica. Ahora sé, por ejemplo, lo que siente un pequeño ladrón de tiendas. Si un día tengo que escribir una novela especular sobre *Oliver Twist*, que en la novela robaba pañuelos, dispongo de una riqueza que no tienen los escritores meramente intelectuales.

—Pero entonces usted... Usted ha aceptado mis hipótesis...

—No plenamente, pero sí en gran medida. Ciertas iluminaciones no pasan inadvertidas para el hombre de fino espíritu. El problema, Tomás, y créame que es un problema grave, radica en que usted dice las cosas más geniales para auditorios incapaces. Un grupo de señoras gordas, con cabellos teñidos y prótesis dentales, no era el público adecuado. Espero que haya visto en mis ironías no un ataque hacia usted, sino a todas las que arruinaron nuestra experiencia de taller.

Supé que el hombre era feliz. Subimos al auto.

—Alejarse: estar en la periferia de las cosas. Es allí donde uno se encuentra a sí mismo. También en la infancia. Un pedazo muy grande y entrañable de mi niñez se halla en la chatarrería del puerto de San Fernando. ¿Le gustaría visitar la pequeña barca donde yo fui feliz por los riachos del Delta...?

Gracias al auto, antes de diez minutos ya estábamos en la chatarrería. El intenso calor y la humedad bochornosa anunciaban una de las terribles tormentas de verano que suelen abatirse sobre nuestra llanura oriental. Cada tanto se oía el canto de algún grillo.

—Esta embarcación —dije— descansa sobre el agua. Claro que no es el mar

inconmensurable de *Moby Dick*, pero es agua, y cosa es sabida que todas las aguas del mundo se hallan intercomunicadas. Usted tiene un problema con el clima del texto, y de ahí surge el fantasma de la hoja en blanco. Por eso lo he traído aquí. Nada mejor que este enclave naval para reencontrar la inspiración.

No sé si Serrucho estuvo de acuerdo con estos desatinos que salieron de mi boca, pero lo cierto es que me siguió dócilmente.

—Venga —agregué—, subamos al barco y caminemos hasta la proa. Allí, acoda-do en lo que queda de la barandilla y con la vista fija en el horizonte, recuperará el clima marítimo de *Moby Dick*.

Ya en la cubierta, pisé sobre los seguros artesones y avancé unos dos metros. Antes de recorrer siquiera uno, los ciento treinta kilos de Serrucho perforaron la podredumbre de la madera y dieron con su gravosa humanidad en la bodega. Un ruido tremendo, una suerte de gong oscuro, se expandió por la nave.

Me asomé a la negra profundidad. Serrucho, en el mejor de los casos, estaba muerto; en el peor, desmayado. Me dije que no era necesario romperle el cráneo con el martillo que, en previsión de algún imponderable, había llevado en mi portafolio. Además, no soy un asesino; sea como fuere, el culpable de todo es Serrucho: cometió la imprudencia de caminar por una superficie que, a ojos vista, estaba en pésimas condiciones.

«Y», me dije, «no olvides que orinó la tabla de tu inodoro y que no se lavó las manos después de hacer pis».

Abandoné el barco y volví a tierra.

La sogá de amarra estaba tan tensa como de costumbre, sujetando esa nave que pugnaba por liberarse de su prisión. En mi valijita, además del martillo que no fue necesario utilizar, había tenido la precaución de disponer otras herramientas, entre ellas un cuchillo dentado. Con él aserré la gruesa sogá que no permitía la libertad de La Bonita y, en busca de mayor seguridad, hice fuerza con la planta del pie para empujar la popa. Celo innecesario: la fuerza centrípeta del riacho arrancó al barco de su amarradero y lo llevó al centro del cauce, cuyas aguas corren hacia el sur, hacia el río de la Plata, y luego hacia el océano Atlántico, hasta alcanzar, quizá, la costa de cualquier país africano, Gabón, Angola, Namibia... O, tal vez, la nave no llegaría jamás a ninguna tierra del mundo y, a modo de barco ebrio, navegaría fantasmalmente por todos los mares del planeta, sin detenerse en ninguno, y allí, en su bodega, desde alguna dimensión ignota, Tomás de la Sierra, el escritor vanidoso e inútil, podría afirmar lícitamente que, al igual que su *Moby Dick* especular, había recorrido, como dueño y señor, todos los mares del mundo.

7

El auto de Serrucho quedaría allí, en las afueras del puerto, hasta que alguien lo hallase. No era problema mío.

Caminé hasta la estación San Fernando. Antes de llegar me alcanzaron las primeras ráfagas de la tormenta anunciada y las gotas de lluvia que harían crecer aún más el caudal del Paraná y del Plata.

Tomé el tren; descendí en Martínez. Ahora llovía a cántaros; estando sin paraguas, me empapé y tuve que pensar si, en La Bonita, las gotas llegarían a molestar a Gumersindo Serrucho. Camino a casa, fui tarareando una canción pegadiza que, sin embargo, siempre había aborrecido. Me hallaba aliviado. Casi feliz, diría.

Lamenté que el portafolio con el queso sustraído en el Puerto de Frutos hubiera quedado, sin utilidad para nadie, en la bodega de la barca, pero en la heladera tenía algún fiambre y, con él y una botella de buen tintillo, organicé una cena reparadora.

Luego me di a revisar de nuevo los papeles de Serrucho. Efectivamente, había escrito más de doscientas cuartillas de su contranovela sobre Ahab y el cachalote. (A partir de la página treinta comprobé que utilizaba esta palabra no menos de cinco veces por párrafo).

En el segundo bibliorato, el que me había entregado hacía unas horas, hallé otro sobre, enganchado con un clip en la primera hoja. En su interior, una página registraba el plan que Serrucho había urdido para redactar un cuento, o tal vez una novela, de carácter policial.

La historia estaba narrada desde la perspectiva de un pretendido genio de la narrativa: él sabe que será asesinado por su maestro del «Taller de Escritura», pero no hace nada para impedir el crimen, pues lo ve como un inexorable destino de las letras (algo que debe cumplirse a fin de enriquecer la literatura). «La verdad», concluía el escrito, «se completará con la narración especular de MI maestro».

Una lástima: su idea (medianamente lógica) puede llevarse a cabo. Pero, por una cuestión de seguridad, no me conviene darla a luz. Pongo punto final y acerco las primeras páginas de esta narración al fuego, que no tardará en consumir mi confesión y luego extinguirá con alegre furia el oceánico testamento de Serrucho.

El fuego... Acaso no otro sea el destino de todas las palabras.